

# Tintero Blanco





# Tintero Blanco

Héctor Justino Hernández

Miembro fundador, Coordinador  
General, Selección Narrativa

Carmen García Escobar

Miembro fundador

Pablo Rodríguez

Editor, Diseñador,  
Selección Poesía

Fátima Garrido

Finanzas, Selección Poesía

Saúl Hurtado

Redes Sociales, Selección  
Ensayo e Híbridos

María Eugenia García

Diseño Digital,  
Selección Traducción

Luis Mendoza Vega

Coordinación de Eventos,  
Selección Narrativa

Irving Vásquez

Relaciones Públicas.  
Selección Ensayo e Híbridos

Julio María

Sección Dossier Gráfico

Xalapa, Veracruz, México



## Contacto

 /TinteroBlanco

 @TinteroB

 @tintero\_blanco

 tintero.blanco.  
revista@gmail.  
com

Se permite la reproducción  
de los presentes trabajos  
siempre y cuando se cite  
la fuente y se notifique  
tanto a los autores como al  
editor.





# Editorial



Contra los dogmatismos salitrosos, contra los dinosaurios fosilizados, contra las elevaciones autorales, contra las mefíticas barbaries, contra las autoridades prescriptivistas, contra las ideas oclusivas, contra los ímpetus sin sentido, contra los universos cerrados, contra las amebas parasitarias, contra los pasos hacia atrás, y a favor de casi todo lo demás, Tintero Blanco existe como un espacio que busca renovarse, como el gusano que se transforma en polilla, el renacuajo que deviene en rana, los acordes de Muerte y transfiguración.

Esta revista llega a su quinto número después de una convocatoria en la que recibimos un centenar de textos. Si bien la diversidad de voces es patente, fue para nosotros un trabajo complejo, elegir los escritos que presentaban un carácter afín al de nuestra línea editorial. Como resultado de esta búsqueda (más estética que ideológica) presentamos esta selección.

Nos sentimos agradecidos hacia todos los participantes de la convocatoria que se atrevieron a enviar sus textos, hacia los autores invitados que amablemente nos cedieron un fragmento de su obra, hacia la artista invitada, Brenda Castillo, y sus coloridas ilustraciones, y, en especial, hacia los lectores y seguidores de la revista. Sin más, queda escribir, contrario a lo que pensaría Ulises al vagar por los mares helénicos, que aún la navegación es larga, aunque los puertos siempre sean amables.

*Héctor Justino Hernández*  
Coordinador General

# Índice

## Poesía

- 07 [Cristina Bello](#)  
*Pistola de agua*  
(fragmentos)
- 09 [Mariana del Vergel](#)  
*Calle Libertad*
- 11 [José Luis Machado](#)  
*Moneda*
- 13 [Jazmín Cano](#)  
*Rarámuri*

## Narrativa

- 15 [Paula Busseniers](#)  
*Sofía*
- 18 [Joaquín Filio](#)  
*Vegetal*
- 23 [Elsa Nidia Mauricio](#)  
*De cuando le conté a Daniel una historia*

## Dossier

- 32 [Brenda Castillo](#)
- 63 [Viviana Hernández](#)

## Traducción

- 41 [Louise Glück](#)  
*Una aventura*  
Trad. Leopoldo Orozco

## Ensayo

- 45 [Naxhelli V. Carranza](#)  
*La fuerza de lo no mostrado*
- 49 [Federico Fontana](#)  
*La parte imposible*

## Híbridos

- 55 [Luis Mendoza Vega](#)  
Enriqueta Ochoa: la configuración de un femenino sagrado por Ester Hernández Palacios

## Autores

- 59 [Semblanzas](#)

# Poesía



# PISTOLA DE AGUA (FRAGMENTOS)

Cristina Bello

## La inundación

3

A veces imagino que miles de aguamalas vienen por el meteorito, como si la roca nunca hubiera pertenecido al espacio, más bien a las profundidades. Ahí donde el mar esconde su propio sol, bajo el agua, la roca se deshace entre las sales. El meteorito era también otra roca creciendo en el pulmón del Abuelo, una roca ennegrecida incapaz de disolverse o navegar.

4

Abuelo habla de las peceras como castillos de cristal contruidos en el fondo del agua. Las peceras casas de los vertebrados acuáticos. Lugares donde recogemos conchas y esqueletos de la tarde en que cazamos cochinitillas de mar, lugares donde esperamos a la muerte clara. Abuelo habla sobre los peces, pero nunca caminamos al acuario o compramos una bomba de aire.

: Abuelo, ¿cuántos oídos son necesarios para escuchar un cardumen bajo una casa?

5

La roca permaneció tanto tiempo sobre la mesa que ya nadie recordaba cómo era antes, ninguno se sentaba a comer ahí. Aprendimos a sentarnos por los rincones, en el piso o muy cerca del patio. La roca jamás creció, pero sentíamos cómo se expandía a todas

partes hasta reventar en nuestras narices. El polvo que despedía conocía su tránsito. Abuelo no paraba de hablarme de los peces como cerillos encendidos bajo el agua. El agua que no conserva al fuego.

7

Los peces asustados habitan las peceras redondas porque se parecen más al miedo, cíclico y transparente. Neptuna vivía dentro de una pecera redonda o casa o anémona en la esquina de mi calle. *Los invisibles* no estaban.

: trabajan mucho

: son empresarios, por así decirlo

: no, no son mis hermanos

: tampoco estoy casada con alguno

: sí, vivíamos en la capital, pero prefieren los lugares pequeños

La luz que atravesaba los cristales polvorientos dejaba ver nuestras escamas recién adquiridas en el aire. Todavía no sé cuándo me brotarán las branquias o si tendré que mudarme a las tuberías por donde pasa el agua del puerto. Me convertiré en un pez de agua sucia, lacerada para siempre por Neptuna que tenía 20 años entonces y me explicaba que a veces le crecían peces rojos en la lengua agrietada.

# CALLE LIBERTAD

Mariana del Vergel

Sentados en el asfalto  
d o s  
hombres se miran con la sencilla  
diferencia de dos  
gotas en el dorso de un mismo  
vaso contenidas.

Se miran casi frente a frente  
y reproducen con quietud los movimientos  
grabados de su pupila en contención:  
un paramento de piedra  
ante cada uno  
pone en la memoria cuasiacústica  
la trastocada fuerza del viento inútil  
cuando amanece desvelado o supino.  
Junto al eco crudo de sus pies  
las virutas de papel y  
el polvo de hojarasca sepia  
recuerdan la silente distancia  
q u e t i e n e n e n t r e s í  
el rebote de sus miradas  
y la caída de la última moneda  
aventada a la hojalata  
con descuido y sin reclamo.

Y reproducen en su quietud los movimientos...

Pero nadie se pregunta  
aquí afuera  
qué vuelo tiene la expresión *al aire libre*  
ni cómo ha cambiado la necesidad en  
las formas de esperarse, lo mismo

en el adriático color celeste  
que en el cambio de riqueza,  
enunciado por el anónimo Urbanista.

Aquí no se habla del milagro perdido  
del allá, en este aquí  
ni de los pasos en la calle  
—en esta misma calle—  
que muere a su comienzo  
en una de las cuatro esquinas  
de ocelos abnegados.  
Aquí no se habla del filo para cortar  
dos pedazos de espejo.  
Aquí no se cuenta la verdad  
de los cruzados  
que vuelan bajo  
mucho más  
abajo

hasta dejar caer a plomo  
el número de su asiento  
en el asfalto:  
la mirada  
esquiva la mano  
el silencio.



# MONEDA

José Luis Machado

Estuve:

adentro de un ánfora en Grecia  
debajo de una alfombra en Marruecos  
entre los dedos de un mago en Rusia  
debajo de tres vasos inquietos en Rumanía  
en un ómnibus de Uruguay  
en un buzón del tiempo.

Caí

por la ranura  
de una llamada de tres minutos  
de un juego de tres bolas  
de un lavado de tres prendas  
de algunas expendedoras de refrescos,  
dos de café  
y una de condones.

Estuve, (también)

en un frasco  
en una hucha  
en una lata  
en el banco mundial  
en la gorra de un músico callejero  
en la esquina más lejana de un cajón  
en el nécessaire de una princesa  
en la carterita de una puta  
en el bolsillo de un pordiosero.

Sobreviví:

diez siglos  
nueve reinas  
ocho presidentes

siete terremotos  
seis inundaciones  
cinco revoluciones  
cuatro pandemias  
tres eras  
dos guerras mundiales  
un holocausto.

Fui  
adelanto  
pago  
cambio  
propina  
limosna  
diezmo  
regalo  
juego.

No valgo mucho  
sin embargo  
sigo  
girando en el aire  
sin saber  
mi suerte.



# RARÁMURI

Jazmín Cano

Rarámuri en un sentido más amplio  
quiere decir Erika Pe. Be. de dos años  
cuerpo carcomido por la fauna del páramo.

Ceremonias para alejar el mal, a la sociedad mestiza.

Ahuyentar la tristeza de ver su cuerpo sin  
extremidades y desnudo  
refugiándose a siete kilómetros de los bordes de su  
casa,

la casa que no recuerda y a la que no supo regresar.

La cosmovisión de su pueblo intacta.  
A siete kilómetros de la ceremonia astral,  
el rito de la fecundidad.

En un sentido más amplio quiere decir presa  
del juego en el que fue olvidada.

Y se quedó ahí  
asimétrica entre las sociedades  
y el baldío.  
Como una herida sin costra  
ardía por la lluvia del sol.

Ella es de hoy y de otros que fueron obligados  
a rebelarse ante la vida  
con alas en la espalda.

# Narrativa



# SOFÍA

Paula Busseniers

Si había algo o alguien que le importara a Sofía era su gata. Luna, se llamaba, y era ya anciana, muy gorda, de color blanco, con grandes manchas doradas. Luna era la única compañera de Sofía, que vivía sola desde hacía años en el viejo edificio al final del cerro. Un lugar bastante lúgubre para vivir, pero Sofía no tenía otras opciones. Debía estar agradecida con su madre, quien le había heredado el oscuro departamento en el tercer piso. Sofía tenía ya muchos años ahí, viviendo sola con su gata Luna. De lunes a sábado, Sofía limpiaba las casas de tres diferentes familias y llegaba cerca de las seis, cansada y hambrienta, a encontrarse con los maullidos de su compañera.

Pero ese día, no hubo ninguna bienvenida para Sofía. Sólo se había cruzado un instante con la vecina del segundo piso, que era la única persona del rumbo que la saludaba, aunque siempre de manera brusca, como si no confiara en ella. Cuando entró en su departamento, no llegó Luna. La llamó, pero no hubo respuesta. Buscó en todas las piezas. Luna no estaba. Alarmada, Sofía la llamó desde la ventana y luego, al no tener respuesta, desde el umbral de la puerta. Sus gritos cada vez más desesperados retumbaron por los tramos de la escalera, un lugar encerrado y sofocante. Sofía ya se imaginaba a su gata agonizando en algún rincón perdido del edificio. Si eso pasara..., no, no, no lo soportaría. Desabrochó el suéter que de pronto le acaloraba sin dejar de llamar a su gata por su nombre: ¡Luna! ¡Luna! Emprendió la subida a la azotea, sin siquiera cerrar su puerta. Pensaba que tal vez estaría arriba. Una vez la había encontrado ahí, con la panza al sol. Sí. Seguro que estaría arriba.

Sofía subió lo más rápido que podía, que no era muy rápido en realidad, porque por las tardes se le hinchaban horriblemente los pies. Pensó por un instante que tal vez

muy pronto no podría trabajar ya tantas horas al día, pero la angustia por su amada gata se impuso. Cuando iba acercándose al piso cinco, cada vez más cansada y respirando pesadamente por la boca, entre llamada y llamada, salió el viejo inquilino que siempre la molestaba con su perra Tatis. La Tatis odiaba a Luna, y su dueño odiaba a Sofía. Nada más verla, el hombrecillo espetó: “¿Conque andas buscando a tu gata floja, eh?”. “Pues, ya está bien fría, vieja sonsa.”

“¿Dónde? ¿Dónde?”, gritó Sofía con desesperación. Y sintió un agudo dolor en la frente.

El hombre no contestó, pero se dirigió a su perra: “Nosotros sabemos cómo acabó, ¿verdad, Tatis?”, y se echó con sorna una carcajada. Sofía sintió que se moría de angustia y enfiló con prisa hacia el siguiente tramo rumbo a la azotea.

No dio más de dos pasos cuando repentinamente se le nubló la vista. “No veo. No veo,” gritó histérica, tambaleándose todavía en el descanso frente a la puerta del dueño de la Tatis. Éste, en vez de preocuparse, chifló a su compañera y ambos desaparecieron con un fuerte portazo. Sofía sudaba ahora copiosamente, temblaba de coraje y de terror.

Su ceguera no podía ser algo serio, pensó. No podía ser de cuidado. No ahora. Primero tenía que salvar a Luna. Ya después se tomaría un té de tila bien cargado; después, después... A tientas empezó a buscar la pared y el destartado barandal de madera. Tendría que guiarse por el pasamanos hasta llegar arriba, pero ¿dónde se encontraba?

A punto estuvo de caerse de bruces por la escalera hacia abajo. Logró detenerse a tiempo y, desplazándose lateralmente milímetro por milímetro, llegó por fin a tocar la fría pared. Muy despacio giró y terminó de orientarse correctamente. Si no fuera por ese insoportable dolor de cabeza sabría llegar a la azotea. Bien conocía el número de escalones de cada tramo. Quince por tramo y ¿cuántos tramos le faltaban? Empezó a subir, a tientas, agarrándo-

se del barandal con ambas manos. Al llegar al quinto escalón, ya no se acordaba de contar. “Luna, Luna”, gemía, “¡voy a buscarte! ¡Espérame, mi niña!”, y sin darse cuenta de lo que hacía, soltó de repente ambas manos. Quedó helada: ya no sabía dónde estaba, había dejado de contar los escalones. ¿En qué piso iba? Se deslizó hacia abajo y dio un grito de terror al pegar su rodilla en el borde metálico de la escalera. Sintió un agudo dolor al abrirse la piel.

Estaba ahora subiendo de rodillas, tentando el camino con ambas manos. Lo más desconcertante eran los descansos donde perdía el rumbo. Avanzaba lenta, muy lentamente. Tenía las rodillas deshechas. Aun así, no se amillanó. Era cuestión de enfocarse en su objetivo y no permitir que las cosas salieran mal. Eso se lo había enseñado su madre, una mujer recia.

Y mientras su mente divagaba en las enseñanzas de madre, escuchó un maullido lastimero. Tal vez ella se lo había imaginado, o tal vez fue en verdad un maullido apenas audible, pero a Sofía no le cabía duda de que era Luna la que la llamaba. Juntando todas sus fuerzas gritó: “¡Aquí estoy! ¡Voy a buscarte!”

En un arranque de esperanza, Sofía se precipitó hacia arriba. O eso quería. Calculó mal la distancia con el siguiente escalón y aterrizó con un golpe sordo un tramo más abajo. Tardó en comprender su situación. Se había pegado en la cabeza contra el muro del descanso. Se quedó ahí, inmóvil, largo rato, acordándose de su madre, de la última vez que habían intentado comunicarse, antes de que ésta enmudeciera. Intentó en vano aclarar sus propios pensamientos, que ya no lograba formular. Llegaron imágenes sin sentido a su mente. Esa mujer encorvada, agotada, ¿quién era? ¿Por qué la miraba con tanta atención? Y ese felino, ¿gato o gata?, ¿por qué le parecía tan conocido? ¿Por qué los veía juntos?

Sofía iba perdiendo su propia coordenada, mientras que un frío inmenso se apoderó de ella. Seguro que nadie la ayudaría.

# VEGETAL

Joaquín Filio

Es difícil recordar la noche en la que el abuelo inició su transformación en árbol. No tanto por la desesperación de mi padre al llegar con la noticia, sino por nuestra falta de vigor, de ímpetu y valentía. Nuestras ganas de no hacer nada. Al principio, cuando aparecieron las primeras ramitas, se lo atribuimos al tiempo. “Es la edad”, decía mi madre para tranquilizar las aguas; sin embargo, una vez que yo acudía a la casa de los jardines y atravesaba con pasos torpes el sendero de buganvillas, podía ver a un anciano decrepito de hojas, esperando retoñar por última ocasión.

\*

Había que ahuyentar a los pájaros y podar su rostro. En ocasiones, cuando se sentía un poco mejor, me permitía utilizar las tijeras cortaúñas de mi madre para desespinarle los párpados. Si el dolor no era tan intenso, le expurgaba lentamente el nido de grillos y orugas que albergaba en su cabeza. La situación más miserable de atenderlo era que mis conocimientos de jardinería veían su fin cuando le chorreaba de los pantalones un tímido hilo de savia.

\*

Quizá fue la falta de madurez o mi incapacidad para el abandono lo que me motivó a visitarlo. Nunca me enseñaron el camino: aprendí cómo llegar aquella tarde en que mi padre detuvo el auto de frente a la entrada. Recuerdo las calles oscuras y sin pavimentar de la colonia. Recuerdo dos o tres semáforos en rojo y el silencio inquebrantable que produjeron entre nosotros. Recuerdo, incluso, la única luz que se pronunciaba desde la segunda planta de la casa del abuelo. Lo que nunca pude reconstruir fueron las palabras rotas que dijo mi padre al frenar de golpe y señalar con el dedo índice. Algo sobre la justicia y el rencor. Algo sobre la familia.

De haberse enterado del episodio, mi abuelo (o el hombre llano y sentencioso que era) hubiera dicho que papá estaba loco, que sus hijos, “esos huérfanos malagradecidos”, no sabían nada acerca de ser padres.

\*

Su habitación era oscura. Durante las mañanas parecía de pronto como si la luz completa se nos estuviera escondiendo, como si entre las paredes derruidas por el comején y el oficio del polvo no pudiera existir nada más que mi abuelo y la penumbra. A veces, mientras le cambiaba los vendajes, me exigía que abriera una cerveza; otras, sin mayor soborno, el que se abría era él y comenzaba a recordar: “Yo qué culpa tengo”, decía justo antes de quedarse dormido y de inmediato su cuerpo vegetal entraba a un sueño porfiado, orgulloso, del que parecía ser un rehén. “Yo qué culpa tengo”, la frase me perseguía al cortarle las raíces y regar con cautela la resequedad que cubría casi en su totalidad la corteza de sus manos. “Yo qué culpa tengo”, lo escuchaba todavía al cerrar la puerta principal y abandonar la casa completamente confundido.

\*

Fue un domingo entre los platonos de comida y el prematuro anochecer. Las tías recordaron victoriosas que, efectivamente, los papeles del testamento no habían sido redactados y, como el dinero es más rápido que la razón, acudieron con licenciado en mano a la casa de las buganvillas. Los ojos taciturnos del abogado se detuvieron al presenciar el charco de resina que descansaba debajo de la mecedora. El viejo escuchó las disyuntivas con la serenidad de un bonsái. Dijo no. No hay testamento. No hay residencia en la playa. No existe ni un solo peso en las cuentas del banco. Ni vehículo. Ni fideicomisos. Ni nada. De las propiedades en el extranjero solo conservo fotografías y deudas.

Le pusieron la tilde a cabrón todos en simultáneo y los primeros cigarrillos se manifestaron absurdamente.

Taconazos torpes, botones desabrochados por la ansiedad, pensamientos sumergidos en los pantanos de la memoria. Entonces, la decisión fue unánime. Mi padre orquestó el jolgorio: había que incinerarlo.

\*

Fui a buscarlo de inmediato. Trataré de ser verosímil en esta explicación. Investigué sobre la atmósfera, calculé la densidad del viento y la tierra de la zona. Una tierra árida donde poder sembrar los restos del viejo. Ahora me parece afortunado que las llaves de la vagoneta estuvieran sobre la mesa y que mis pies no fallaran al acelerar de golpe. El paisaje desde el retrovisor se oscureció tan rápido como la maleza de aquel día en que les fallé a todos, refo-  
restando a mi abuelo.

\*

Kilometro uno de la carretera desconocida. Siete treinta de la tarde. Había un espectacular deslavado por el sol que se exhibía de cara al periférico. En él dos personas mayores observaban las olas de lo que presuntamente era una playa. No existían indicios de tormenta. Las gaviotas merodeaban una mancha que, a la distancia, daba la impresión de ser la silueta de un cangrejo. Sus miradas hacia el mismo lugar: un punto de fuga, un punto de no retorno, un punto y aparte. Debajo de ellos, la vagoneta que conducía se deslizaba a toda velocidad esquivando los baches. El abuelo estaba amarrado con buen nudo en la parte trasera del vehículo. Sus hojas se desprendieron, dejando una estela verde que se difuminó con el paso del viento. Uno o dos transeúntes nos señalaron con sorpresa.



\*

Quiero una mujer. Eso fue lo primero que dijo cuando me detuve a la sombra de una gasolinera para aflojarle los nudos. Decidí que discutir con los vestigios de un árbol era batalla perdida y puse en marcha la petición. Buscamos en las esquinas apagadas de un pueblo que no tenía nombre. Buscamos en cada rincón de cantinas a las que no se asomaba ni la tristeza. Buscamos, incluso, espiando desde la albarrada endeble de algunas casas. Nada. Entonces dijo “Quiero una palmera”. Y todo fue más sencillo. El rastro de cocos a lo largo de las calles condujo a una de buen ver: sana, joven. Bajé al abuelo con paciencia y esperé al otro lado de la vagoneta. De momento pensé que me llamaba, luego descubrí con franqueza que eran suspiros. El sonido me recordó al de los desahuciados que se apagan al pie de una enfermedad cancerígena.

\*

Según datos precisos del sitio oficial de botánica, el tiempo de fotosíntesis de una planta promedio es de aproximadamente ocho o nueve horas, tiempo menor al que le tomó a mi familia encontrar pistas de nuestro paradero. Salieron todos en convoy preguntando por un adolescente prófugo y un árbol a punto de extinguirse. El reporte oficial, me enteraría después, omitió el detalle del abuelo. Quizá porque no encontraron una escritura adecuada para describir sus manos duras e inertes cuando nos detuvieron a la mitad de la carretera, quizá porque la flora es una vida sin expediente, fuera de registro. El móvil pudo haber sido catalogado de mil formas. Pero el testimonio del abuelo no fue atendido, ya que su voz se enraizó minutos después de que nos hallaran.

\*

Al parecer la vía legal dio sus frutos cuando, después de un proceso burocrático, se decidió vender al abuelo a una fábrica de lápices. La madera de roble se cotizó a un excelente precio. Las tías y mi padre salieron satisfechos de su resentimiento infantil y todo volvió a una infecunda realidad. Yo, por mi parte, leo durante las madrugadas sobre la reencarnación. “El karma es un animal vivo”, se llama uno de mis fragmentos favoritos. Decidí escribir esta bitácora con un Mirado número dos que, pienso, salió del viejo. No me queda nada más que la mediocridad de la espera y una punta rota, acaso intajable.

Cuento ganador del concurso *El cuento en cuarentena*

# DE CUANDO LE CONTÉ UNA HISTORIA A DANIEL

Elisa Nidia Mauricio

Es mi cuarta noche en la casa de Daniel. Llevamos ya cerca de tres meses saliendo; sin embargo, comparte la renta con un amigo suyo y a mí no me gusta venir cuando hay alguien más en casa. Debo confesar que en realidad no me gusta mucho la gente. Se lo dije a él antes de venir la primera vez. En el hospital se agota una como no tienes idea. Claro que me agrada mi trabajo, pero, apenas salgo de ahí, lo único que me apetece es un poco de silencio. Allá adentro la gente grita. No siempre es así y no en todos los hospitales, pero acá a los enfermos les duele la vida, le digo. Les entra el aire porque tienen por dónde respirar; guardan dentro la simbiosis perfecta entre la vida y la muerte, deambulan por los pasillos de ambas y se columpian en el ápice de la mente. Si fuera por ellos, se quedaban ahí colgando.

Como sea, él me entiende, por eso me invita cuando sabe que vamos a estar solos. Se me ha ido metiendo de a poco y hemos quedado en que hoy voy a contarle una historia de esas que ocurren con los enfermos del hospital. Casi un secreto de Estado. No lo he tomado a mal porque, si todo sale como hasta ahora, en unos meses nos iremos a vivir juntos: me parece justo que me conozca bien. Él confía en mí y yo en él. No tengo problemas con que sepa lo que hago. Además, me ha insistido bastante. Se ve que le interesa el tema.

Su cama es grande. Me pasa por la cabeza si la ha usado en el pasado para traer a otras mujeres a dormir con él. Se lo pregunto.

— Seguro que sí —me adelanto a su respuesta—, los hombres no se aguantan.

— ¿Y las mujeres sí? —se reincorpora. Tiene la sábana entrelazada en sus piernas.

— No estaría aquí si así fuera —replico. Él suelta una carcajada burlona. Sabe que nunca lo busco solo por el sexo, aunque es bueno por demás. Me gusta cómo huele. Creo que fue eso lo que me convenció para acercarme—. Pero hay mujeres que sí se acercan por otros motivos —agrego, mientras pongo cara sombría.

— ¿Tienen tan malas intenciones las mujeres?

— No me refiero solo a nosotras. Es decir, a ellas. Un trastorno no sabe de géneros. Pero sí, en ocasiones acaba todo mal... de formas tan téticas. Hay gente muy tocada de la cabeza, Dani. En el hospital se ven muchas cosas.



— Cuéntame, anda, ya que lo mencionas.

— Bueno, ves que llevo ahí tres años, ¿no? Pues no he visto nada tan raro como lo que voy a contarte. Elegí esta historia porque, si seguimos juntos, sabrás que mi salud mental está a salvo. Después de convivir con esa mujer... —me le quedo viendo. Su cabello le cae en mechones sudorosos hacia enfrente. En un rato más voy a peinarlo, pienso—. En fin, ¿quieres saberlo? Pues, bueno, la mujer esta se llamaba Dalia. Era muy gorda, tenía unas cejas delgadísimas y más cachetes que ojos. De solo verla se te ponían los pelos de punta porque siempre te recibía con una sonrisa. Era demasiado alegre para que toda esa amabilidad fuera cierta. De todos modos, cuando entras al psiquiátrico sabes más o menos con lo que vas a toparte. Aunque te confieso que sí, esto me rebasó por un tiempo. Todos los días, al salir de su habitación, me quedaba un tiempo recargada en la puerta, reestableciendo puntos clave que me ayudaban a saber quién era yo. Pienso que ella, en el fondo, lo sabía porque, en nuestro próximo encuentro, le había sumado a la expresión de su rostro más de esa euforia enferma cuya procedencia no terminaba de descubrir. Al final te das cuenta de que es una burla. Lo que sea que hubiera en su cabeza se burlaba de mí y del mundo. De ella misma incluso —me acerco más a Daniel.

»Dalia me confió un día —continuó— que en realidad estaba ahí porque buscaba a alguien. ¿Te imaginas? Ahí, en el psiquiátrico. “Voy a permanecer aquí un año más”, me dijo. “Luego me iré. El 8 de julio”. Había seguridad en sus palabras, pero nadie sale de ahí nada más por gusto, no con la clase de problemas que ella tenía y menos con una fecha exacta. Yo guardaba silencio. “Después podré celebrar mi cumpleaños el 31”, agregó. “¿En qué mes cumples?”, le pregunté por no quedarme callada. “Julio. ¿Qué otro mes podría ser?”. Intentó una sonrisa tierna, se inclinó lentamente hacia mí y me susurró a la cara: “Es el mes de nuestro cumpleaños, Sara. Por favor, no me digas que lo olvidaste”. Como no respondí nada, retrocedió, chasqueando la lengua. Había desilusión en su mirada. Y

claro, cómo iba a responderle si había olvidado o no la fecha. El 31 de julio no cumplía años ella, sino yo. ¿De dónde había sacado esa locura? Lo que más me enojó fue que la idea logró paralizarme. Me quedé callada. La última risa fue suya. Al día siguiente regresaría entera, me lo juré. Estuve más tranquila al confirmar en el expediente su fecha de nacimiento, pero no soportaba la idea de que hubiera averiguado la mía. Nunca supe cómo ocurrió, pero sospecho que lo solté entre pláticas.

— Puede ser —interrumpe Daniel—. A mis papás una vez los quisieron extorsionar y resultó que toda la información se la habían sacado a mi madre por teléfono. Estaba cagada de miedo, mi vieja. Les hubiera dado hasta la clave de la tarjeta si se la hubieran pedido.

— ¿Y tú? —le pregunto—, ¿te has descubierto dándole información valiosa a la gente que no debes? —abro la boca en cuanto veo que le empiezan a temblar los labios—. Ahorita me contestas. Enderézate —le pido. Él entorna los ojos y aprieta los labios. No sabe para qué, pero se sienta en la cama. Ahora está recargado en la cabecera y me mira directo a los ojos, como esperando una siguiente orden. Sin embargo, soy yo la que se mueve. Le arranco la sábana de entre las piernas y me le siento encima, con las rodillas apoyadas en el colchón. Siento su cuerpo tensarse. Tomo su cabeza entre mis manos—. La tarde en que volvimos a encontrarnos me sujetó así —prosigo sin apartar mi vista de la suya—. Me dijo que ella era como un cono de nieve agujerado. Era así desde que tenía uso de razón. Todo lo que la constituía, sus recuerdos, los gustos, su profesión, el nombre incluso, chorreaban por debajo como el helado derretido y se veía en la necesidad de buscar algo con que llenar el vacío antes de que ella misma terminara convirtiéndose en charco. Entonces encontraba una persona, cuando había establecido suficiente confianza con ella, se inclinaba —atraigo la cabeza de Daniel hacia mí— y con las manos sujetaba la cabeza de su persona —hago énfasis en el posesivo—. Y no había marcha atrás. Ella tomaba la personalidad de aquél a quien toca-

ba y el otro quedaba como vacío, con los ojos huecos y la cabeza desprovista de memorias, de tiempo, de cualquier pizca de conciencia que le permitiera salir del bosque de la locura —la cabeza de Daniel se pone caliente. Retiro mis manos y también alejo mi cuerpo un poco. Me acomodo ahora al lado suyo.

»Esto la mantenía tranquila por un tiempo —trato de no detenerme de más en ese punto—, pero el vacío es inevitable. No hay manera de evadirlo más que sumiéndose en el mismo bosque donde ella arroja a sus personas. Dalia quería permanecer en el mundo, por eso se aferraba una y otra vez a rostros y muecas distintas y, si en un inicio nada le pertenecía, al final, quién sabe cómo, lograba ser el otro sin levantar la menor sospecha.



»Pero todo tiene un costo. Es como cuando un sectario le pide un favor al diablo y este se lo concede a cambio de expropiarle el alma. En su caso, dejaba de ser ella casi por completo, pero, como no se arriesgaba nunca a quedar totalmente vacía, una parte de su viejo “yo” quedaba dentro y se mezclaba con lo siguiente que le llenaba el cono. Hasta antes de conocerme, había acumulado un total de 20 personalidades distintas, según su cuenta. Así explicaba su trastorno de identidad disociativa. Pensé que era una historia muy creativa, hasta consideré escribirla, pero no me dio tiempo: ocurrió algo que todavía no entiendo. Según Dalia, la primera vez que dos egos distintos se encontraron, su mente albergó, de forma temporal, dos conciencias. Luego, hubo un enfrentamiento; el residuo del primer ego se asimiló al peso del segundo y la personalidad más débil se volvió casi inexistente. Eso se lo dijo uno de los médicos que la atendió. No sucedió lo mismo las veces siguientes. El enfrentamiento era cada vez más brutal porque, en mayor o menor medida, siempre había un rezago de personalidades pasadas. Pero cada ego tenía sus debilidades y al final ella siempre logró estabilizar su mente. Es como cuando sales del cinturón de asteroides, me decía. Eran entretenidos sus ejemplos. Quién sabe cuándo se habría subido esa mujer a una nave.

»Me contó que un día le confesó a una amiga cómo había abandonado a la única hija que parió en toda su vida. Quedó embarazada a los 17 y su novio la botó cuando se enteró. “Estás loca”, le dijo, “sácate al niño. Estamos muy chicos. Si lo tienes, se nos va a morir de todos modos. Tú no sabes hacer nada y yo no he terminado la prepa”. Pero ella estaba demasiado asustada para hacer lo que él decía y dejó que le creciera la panza unas semanas. Al fin, se decidió a abortar. No fue difícil encontrar una clínica clandestina. Salió de ahí sin despedirse de su feto muerto y con riesgo de morir también ella.

»Llegó a casa sangrando. Su madre, Catalina se llamaba, lo supo todo esa misma noche y, después de ayudarle a curarse, no volvió a dirigirle la palabra. Enfermó por la

tristeza de ver a su hija convertida en un monstruo. Ella la escuchó decírselo a una de sus tías: nunca va a ser madre. Nunca va a poder cuidar de nadie. La muchacha no siente nada. Está como sin alma y también tiene secos el corazón y el cerebro.

»Cuando se enteró de que querían meterla en una escuela para monjas, decidió que era tiempo. Se estaba quedando vacía. Pensó que no había mejor manera de ser madre que tomando a la suya. Catalina, quizá por los lazos sanguíneos que la unían a Dalia, no se apagó tan rápido como los otros. Enfermó, pero vivió lo suficiente para ver a su hija convertida en su doble. Fue solo por eso que Dalia pudo hacerse cargo de su madre enferma. Naturalmente, el espejo maternal se diluyó y cuando Dalia encontró, una vez más, el equilibrio, era muy tarde para Catalina.

»Luego, Dalia estuvo vacía otra vez, pero encontraría cómo llenarse, cómo ser alguien. Había podido antes y lo haría de nuevo. Esto lo dijo mientras se aproximaba a mí el último día que tuve contacto con ella. Tomó mi cabeza con sus manos. Traté de huir, pero su sonrisa era ya tan familiar que no tuve miedo; me mecí en ella hasta que se cansó de presionarme la cabeza. Era adormecedora la fuerza de sus manos, así que, según recuerdo, tuve los ojos cerrados por un tiempo. Creo haber divagado unos segundos o tal vez entré en un sueño. Me gritó que despertara y abrí los ojos. Ella seguía siendo ella y yo seguía siendo yo. Pensé que todo ese tiempo me había estado mintiendo, que en realidad nada más estaba loca, reloca. De hecho, Dani, no puedo comprobar que todo lo que Dalia dijo fue cierto, eso de que absorbía personalidades y la historia de su aborto, lo que te conté, pero tampoco puedo negarlo. De lo que sí estoy segura es de que, en ese momento, cuando me quitó las manos de encima, supo que nunca había hablado conmigo. Si en realidad yo hubiera estado ahí, hubiera hecho conmigo lo que con todas las personas. Pero no, se dio cuenta de que los doctores que la atendían eran en realidad todos hombres y se enteró de que no era gorda, como yo la veía».

— Espera, ¿qué? —Daniel gira un poco su cabeza, como para reclamarme con el desconcierto de sus ojos lo que parecía ser una mentira mía.

— ¿Cómo que qué?

— Pues, ¿entonces dónde la conociste tú? ¿O cómo? Ya me perdí.

— En el hospital, ya te dije.

— Pero acabas de decir que no fue así.

— No, dije que ella así lo había percibido, porque en realidad había estado hablando con ella misma. Todo el tiempo estuve solo en su cabeza.

— Sara, en serio que no te estoy entendiendo. A ver, ¿quieres decir que no hablé contigo sino con una imagen tuya que se formó a partir de qué? ¿Cómo tomó tu información? ¿De dónde la sacó si no te conocía? Porque... — se detiene, extasiado, al creer que ha topado de lleno con el meollo del asunto—. Ah, espera, ¡ya! Te conoció porque los otros doctores le hablaron de ti y se hizo una idea más o menos coherente de quién eras. Pues sí —confirma más para él que para mí—. ¡Quién más podría haberle filtrado tus datos!

— No, Dani, querido —le acomodo los cabellos de la frente, que se le han alborotado al exaltarse. Me gusta más cuando está peinado—. No has logrado captarla toda. Es que no me imaginó. Me inventó.

Dani me toma de los hombros, como asegurándose de que realmente soy lo que está viendo. Respira ya aceleradamente.

— No en ese sentido, Dani, cariño. No inventó mi existencia. Inventó lo que soy. Ya sabes, que me guste escuchar a Franz Liszt mientras tomo una ducha o dibujar las copas de los árboles. Mi colección de bonsáis, esa ya es mía, pero fue idea de ella que yo la tuviera. Dani, mírame, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás triste? ¿Te has molestado conmigo? No puedo ser perfecta, ya lo ves, pero me gusta estar con-

tigo. Cariño, di algo. Contéstame o te juro que te va a doler el cuello por dejarme hablando sola.

Suena el timbre. Le quito las manos de encima al cuello de Daniel y me levanto de la cama lo más rápido que puedo para ir a correr el cerrojo, pero él ya ha entrado.

— Dani no me mira —le digo—. ¿Crees que esté muerto?

— Lleva muerto más de una semana, Sara, según las últimas cuentas que me hiciste. Pero volverá, siempre lo hace. Te gusta cómo te sonrío, ¿cierto? Piensa en eso y verás que regresa. Nadie puede estar callado para siempre —me asegura, pero no le creo. No me trago el cuento. Mamá nunca me perdonó. La última vez que la vi fue después de muerta y tampoco su sombra me dirigió la palabra.

Cuento ganador del concurso *El cuento en cuarentena*



# Dossier



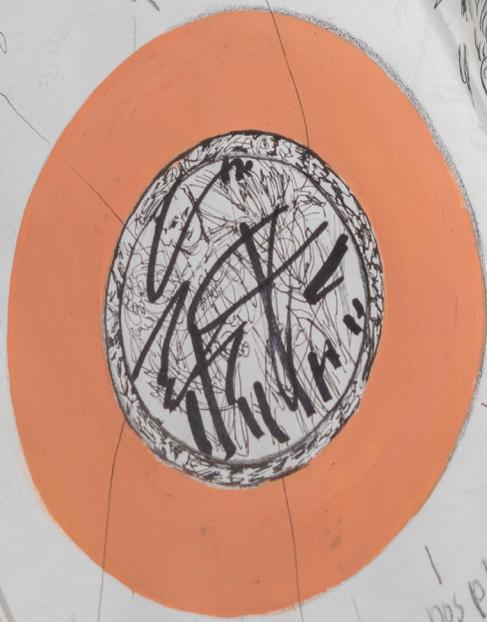
# Brenda Castillo



placa  
y globo radio

grabado

enlino  
venico



1  
Dos placas.  
corte laser.

Imágenes  
en negativo  
pintar  
el fondo  
de  
n. solo  
Madera  
enfriamiento  
de color

Diseño  
grabado  
y  
colores  
placa  
madera

han  
algunos  
así y algunos  
antico sobre  
la madera.



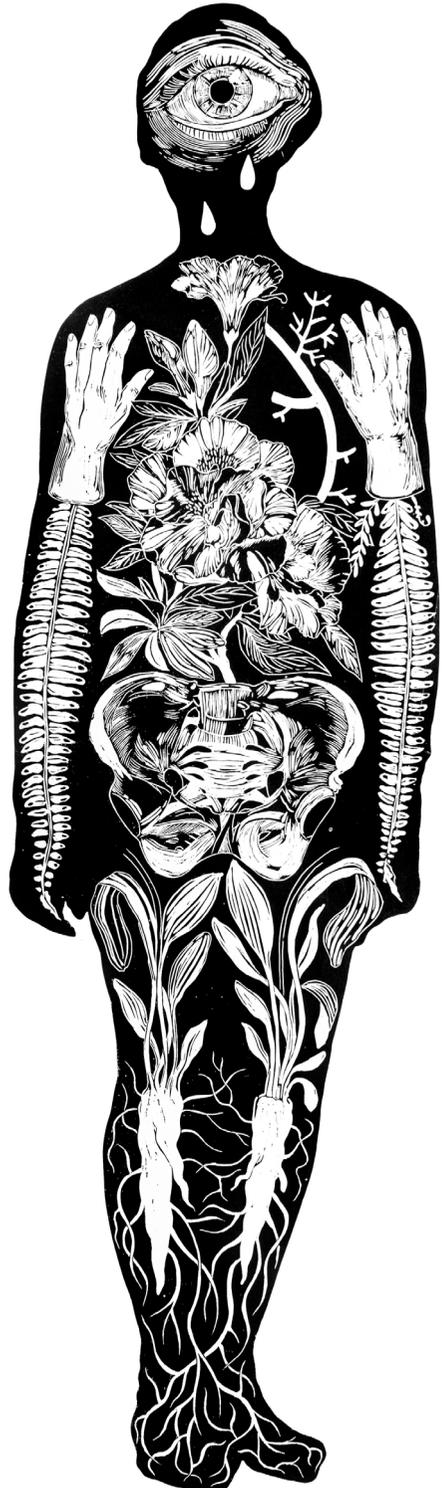


La muerte es el ente misterioso al que se le teme o alaba. La existencia, la concientización del razonamiento. Se regresa al viejo dilema entre el cuerpo y el mundo que nos rodea. Es decir, ¿es la naturaleza la fuente de vida que permite el pensamiento, o es este quien le otorga dicho valor? Y, ya sea que se asimile al hombre como el cosmos que conforma el entendimiento del mundo o como una pieza dentro del acontecer del universo, ¿qué papel toma el arte? Magnolia Brenda Castillo no imita una realidad como propondría Aristóteles en los tiempos griegos. Sus ilustraciones son, más bien, la representación de un concepto. En ellas, la locución latina horaciana *ut pictura poesis* se invierte: la pintura se convierte en una poesía muda. Los colores se contrastan con las representaciones de la naturaleza y la silueta humana. Un ojo que observa y juzga pareciera reflexionar sobre la existencia del cuerpo y nuestro entorno no desde una perspectiva existencialista, sino más bien como componentes de una realidad que se auto-descubre a través del espíritu humano.

Castillo es una autora que transparenta su pensamiento y se adentra literalmente en su trabajo a partir de magnolias y otras flores. No se oculta. La obra aquí presente refleja sinceridad y deseos de una libertad casi perceptible. No es abstracta. En su lugar, la franqueza con la que se expresa es un aire fresco frente a otras creaciones artísticas cuyos componentes dialogan ciento de veces consigo mismos en un eterno retorno. No le teme al vacío. Aprovecha el espacio en blanco para la configuración de siluetas (esferas, flores o cuerpos, sean estos completos o por partes) cuyo contenido allega órganos, plantas y constelaciones. De esta forma, aunque detonen asombro, los dibujos aquí presentados no nacen de lo maravilloso o fantástico, sino de la introspección de una mente ansiosa por comprender y preguntar a quien la admire.

El lector que curiosear por las páginas de este número no necesita conocer de términos teóricos o filosóficos para entender el mensaje, prácticamente intuitivo, de la autora. Y, sin embargo, como si fueran un ejemplo práctico de las enseñanzas de Hegel, las imágenes entre estas páginas, aunque no posicionan a la naturaleza como un condicionamiento, sí la muestran como un elemento necesario para la transformación del hombre. Como si se leyera versos de Voltaire, en ellas la naturaleza es una parte exigua del hombre que a su vez lo aprehende: es el complemento y a la vez el arte. Castillo juega con las formas en un aparente desorden, pero bajo una misma motivación. Así, el espectador puede verse atrapado en la contemplación de lo bello, como si de un mantra se tratara, y percatarse de la sutil invitación de estas ilustraciones a la reflexión de nuestro hacer, en otras palabras, de nuestras acciones con respecto al entorno por donde todo comienza.

*Fátima Garrido*



# Obra

(por orden alfabético)

**Azalea Interior 1** p. 24

**Azalea Interior 2** p. 21

**Bitácora 1** pp. 38-39

**Bitácora 2** pp. 34-35

**Círculo 1 ST** Portada (Fragmento),  
Autores (Fragmento)

**Círculo 2 ST** pp. 2, 31, 48, 67  
(Fragmentos), Contraportada

**Círculo 3 ST** Dossier, pp. 43, 51,  
53, 56 (Fragmentos)

**Introspección 1** p. 10

**Introspección 2** Editorial  
(Fragmentos), Índice (Fondo), p. 37  
(Fragmento), p. 55

**Introspección 3** pp. 13, 58

**Introspección 4** p. 24  
(Fragmento), p. 37

**Magnolia 2** Ensayo

**Magnolia 3** Híbridos

**Magnolia 5** Traducción

**Rosa 2** Narrativa

**Rosa 3** Poesía



- semilla vestida

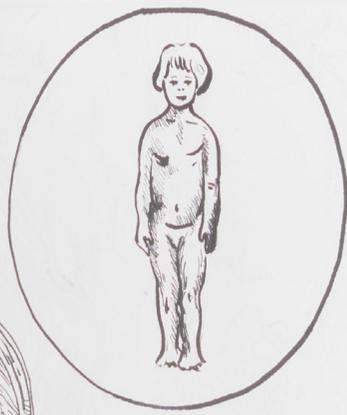


Después de  
polin. - coloca  
en agua.

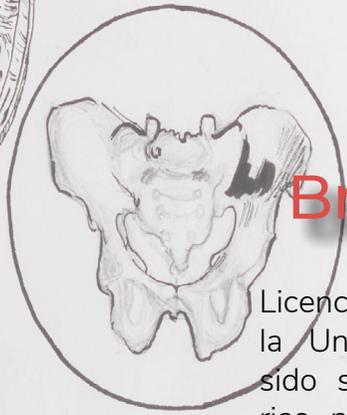
al madurar el  
fruto / como antes el

plumada

- Spermatophyta  
"planta con semilla"
- Phanerogamae
- Embriofitas sifonogamas



niño



pelvis



- Angiospermas
- Gineceo
- Carpelos
- "estructura anatómica de ginecología resalta con pintas/br."

¿dónde se encuentran sus "semillas masculinas" (en el ojo que se encuentran encerradas en el carpelo)

# Brenda Castillo

(1989, Córdoba, Veracruz)  
 Licenciada en Artes Visuales por la Universidad Veracruzana. Ha sido seleccionada en convocatorias nacionales e internacionales como FONCA jóvenes creadores 2015-2016 y 2017-2018, Tokyo International Mini-Print Triennial en 2015, Miniprink de Finlandia en 2014, PECDA jóvenes creadores Veracruz en 2013 y la Primera Bienal de Libro de Artista LIA BOOK en Guadalajara, México.

Facebook

Instagram

# Traducción



# UNA AVENTURA

Louise Glück

Trad. Leopoldo Orozco

7

Una noche, mientras me quedaba dormida, me  
[puse a pensar  
en que había renunciado a esas aventuras amorosas  
[de las que fui esclava mucho tiempo. ¿Renunciaste  
al amor?,  
murmuró mi corazón. A lo cual respondí que  
[muchos descubrimientos profundos  
nos aguardaban, esperando yo que, al mismo  
[tiempo, no se me pidiera  
nombrarlos. Pues no podría nombrarlos. Pero el  
[creer que existían—  
¿no contaba eso de alguna forma?

2

La noche siguiente trajo la misma idea,  
esta vez concerniente a la poesía, y en las noches  
[que le siguieron  
muchas otras pasiones y sensaciones fueron, de la  
[misma forma,  
hechas de lado para siempre, y cada noche mi  
[corazón  
protestó por su futuro, como un niño que ha sido  
[privado de su juguete favorito.  
Pero estos adioses son, dije, porque así son las cosas.  
Y una vez más aludí al vasto territorio  
abierto para nosotros con cada despedida. Y con esa  
[frase me convertí  
en un glorioso caballero que monta hacia el ocaso, y  
[mi corazón  
se volvió el corcel debajo mío.

3

Yo estaba, como comprenderán, entrando al reino  
[de la muerte,  
mas por qué este paisaje resultaba tan convencional  
no sabría decirlo. Aquí, también, los días eran muy  
[largos  
mientras que los años eran muy breves. El sol se  
[hundía detrás de la montaña lejana.  
Las estrellas brillaban, la luna iba y venía. Pronto,  
rostros del pasado se me aparecieron:  
mi madre y padre, mi hermana pequeña; parecía  
[que ellos no habían  
terminado de decir lo que tenían que decir, aunque  
[ahora  
sí podía escucharlos, pues mi corazón estaba quieto.

42

4

En este momento, alcancé el precipicio  
pero el sendero, lo vi, no descendía del otro lado;  
más bien, al nivelarse, continuaba en esta altura  
hasta donde alcanzaba la vista, aunque  
[gradualmente  
la montaña que lo sostenía quedaba disuelta por  
[completo  
así que me vi cabalgando sin parar a través del  
[aire—  
a mi alrededor, los muertos me aclamaban, la dicha  
[de encontrarlos  
quedaba destruida por el deber de responderles—

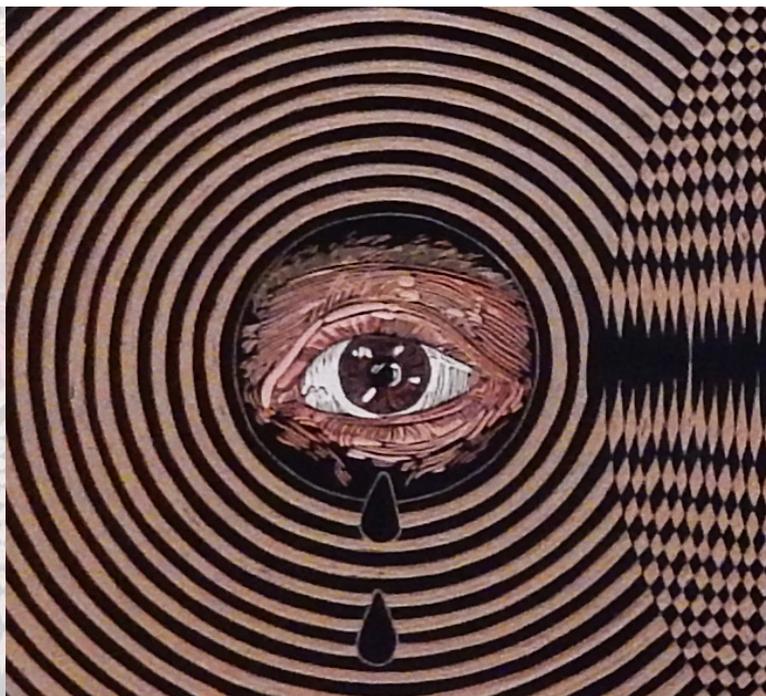
5

Así como todos habíamos sido carne,  
ahora éramos bruma.  
Así como habíamos sido objetos con sombra,  
ahora éramos sustancia sin forma, como químicos  
[evaporados.

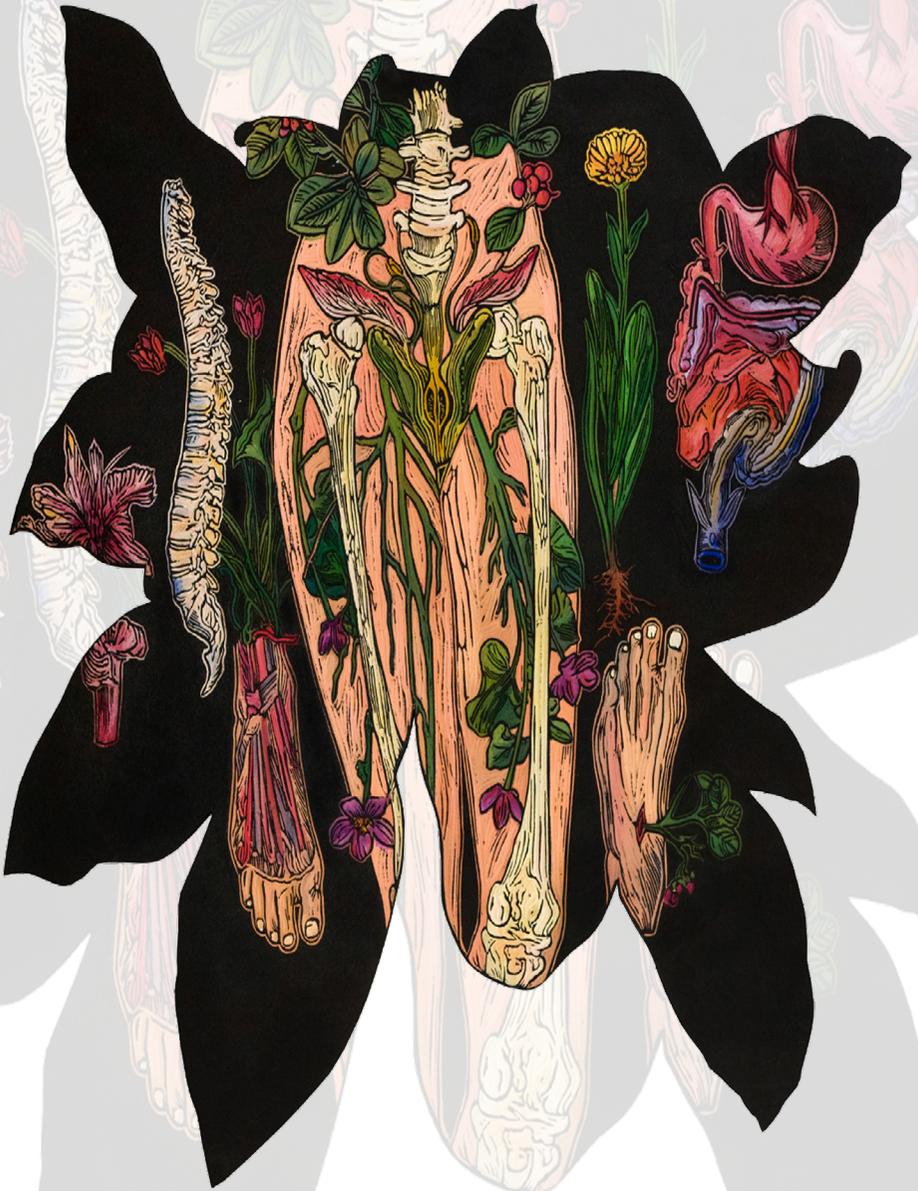
Relincha, relincha, dijo mi corazón,  
o tal vez me niego, me niego. Difícil saber.

6

Aquí acabó la visión. Estaba en mi cama, el sol  
[matutino  
se alzaba dichoso, el edredón de plumas  
se amontonaba en blancos surcos sobre mis piernas.  
Tú habías estado conmigo—  
había una hendidura en la segunda almohada.  
Habíamos escapado de la muerte—  
¿o acaso era esto la vista desde el precipicio?



# Ensayo



# LA FUERZA DE LO NO MOSTRADO

Naxhelli V. Carranza

Para los amantes de la literatura policial quizá sea conocida la opinión borgiana con respecto al papel creador de Poe en este género. Decía que lo que debía ser atribuido al escritor inglés no era un nuevo tipo de literatura sino de lector: uno paranoico. El desarrollo de esta forma de leer ha continuado su curso en el siglo XXI. Lo raro es que no haya algo que sorprenda. Se espera que el contenido, ya sea visual o literario, presente un giro lo suficientemente sustentado como para que el espectador pueda decir: “¡Claro, era de esperarse!”. Se considera casi una falla que sea predecible, pero también lo es si no da el material suficiente a quien lee o mira para sentirse parte del proceso de resolución.<sup>1</sup>

En “La loca y el relato del crimen” de Ricardo Piglia y “Tenga para que se entretenga” de José Emilio Pacheco, sobresale el misterio de lo oculto al lector. En el segundo cuento, esto resulta evidente: el niño desaparece y lo único que el receptor conoce es lo que ocurre por encima de la tierra, encima de ese hoyo que se tragó al hombre extraño con un pequeño a su lado. La investigación, los rumores, consecuencias de tinte político que nada tenían que ver con el caso. Dentro de los tantos prismas a través de los cuales uno se puede acercar al texto –los montajes que no buscan justicia sino calmar la opinión pública, la importancia dada al hecho debido a la posición social

<sup>1</sup> Como prueba de esto puede verse la película *Split*. Al hablar con personas que admiran el trabajo del director, M. Night Shyamalan, pude darme cuenta de que esperaban un punto de quiebre que llevara la historia hacia un punto inesperado. Para ellos, la sorpresa de no hallarlo fue la Sorpresa. En el campo de la música, los seguidores de Taylor Swift, por ejemplo, elaboran complicadas hipótesis con respecto a la letra de las canciones y detalles de los videos musicales. La misma cantante deja pistas regadas para que encuentren los referentes, por lo que la complicidad borgianamente paranoica queda latente en un esplendor que a veces asusta.

de los implicados, el cuatismo y las intrigas dentro de los miembros del gobierno y afines-, no cabe duda de que su fuerte está en los espacios en blanco que deja. Al lector no le queda otra opción que figurarse un montón de escenas con finales dramáticos y miserables para Rafael. Puede tener un sinfín de hipótesis, pero nunca poseerá la satisfacción de una certeza.

La imaginación se ve forzada a trabajar. Crea posibilidades tan terribles que muchas veces no le queda a uno más remedio que admitir con vergüenza que las disfruta. Mientras es de esperar que una noticia, es decir, una nota extraída a partir de acontecimientos de la vida real, provoque cierto grado de empatía por los implicados debido a la condición humana compartida, en literatura podemos negarnos ese sentimiento. El lector puede apenarse al principio por la misteriosa desaparición en Chapultepec, pero en el fondo se regodea en su morbo, en el campo de que en otro contexto tendría que prohibirse. Pacheco sacia una sed que él mismo provoca, en un interminable círculo sin conclusión.

Por el otro lado, el detalle de la narración en “La loca y el relato del crimen” es en realidad una ilusión. Se debe tener presente en todo momento que, en última instancia, el que escribe es Renzi. En un plano más “real”, Piglia es el autor de carne y hueso –asunto irrelevante dentro del cuento. Lo único que hace la loca ante la pregunta que se le hizo es responder lo relevante: el culpable. Esta conclusión, claro está, se saca a partir del análisis que el desencantado periodista hace de su discurso. Ella no ahondó en ningún momento en las impresiones y resentimientos del Gordo, en lo que ocurrió dentro de la habitación y demás menudencias que sin embargo sí enriquecieron el relato como expresión literaria.

Se sabe quién es el culpable, por mucho que el periódico no vaya a publicarlo. Pero sobre el lector se levanta una duda que le nubla los ojos, si es que tiene la curiosidad suficiente: ¿qué sucedió en verdad? La imaginación insa-

ciable llega a él de nuevo para privarlo del sueño,<sup>2</sup> para dejarle la marca de otras cien hipótesis sobre lo que ocurrió, sobre Larry, sobre el cómo y el porqué del crimen. Aunque en este texto de Piglia lo no mostrado es más débil en comparación al cuento de Pacheco, también tiene un peso importante, narratológicamente al menos, puesto que este artificio complejiza aún más su estructura.

Por un lado, se tiene la historia oficial, la que se despliega poco a poco ante los ojos del receptor. Aquí el principal interés es ver si se descubrirá al verdadero culpable, puesto que el lector debió ser incluido en el secreto desde el principio. El siguiente nivel es la sorpresa ante la circularidad del texto, al saberse que el “autor” es Renzi. Por supuesto que todo relato es una construcción, pero el narrador omnisciente confunde y hace creer que es una voz confiable e imparcial. El artificio queda desenmascarado: quien escribe es el periodista, lo que nos lleva a la siguiente capa estructural: la ausencia del crimen. ¡No lo hay! Lo que ocurre es la unión que Renzi hace de las piezas, sus suposiciones basadas en la declaración de la loca y las pruebas halladas en la habitación de Larry. La atención no debe estar por entero centrada en la orden recibida de callar y no sacar la verdad a la luz. Debería estar puesta también en la vacilación (magnífica, claro está) de la que somos víctimas al leer esto. Moriremos sin saber qué ocurrió en ese cuarto y los móviles del delito.

De esto puede concluirse que existe un elemento importante dentro de la narrativa policiaca, usualmente obviado o simplemente no mencionado, que habrá de corroborarse en otras expresiones del mismo género: la fuerza de lo no mostrado. Esto no se trata únicamente del misterio que se mantiene a lo largo de las narraciones de este tipo, que se descubren hacia el final de las mismas. Debe haber siempre algo que no se da, algo que permita ser al lector un detective eterno, indestructible ante la posibilidad de una contundencia fatídica por parte del autor. Parte del placer de una lectura así está no sólo en el

<sup>2</sup> Sí, me encanta exagerar.

descubrimiento de los hechos, motivos o ejecuciones de la trama principal, sino en ese mundo vedado que, dentro de su imposibilidad, posibilita el ser de una de las caras del que está leyendo. Esto termina por ser una forma de descubrimiento de sí mismo, lo que necesariamente implica aceptar deseos bajos, crueles, destructivos e inmorales. La lectura termina por ser el lugar en el que algunos dejamos de negar lo profundo y reconocemos que eso existe. Y que en secreto nos encanta llegar a ser tan perversos.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Quien diga que no, que lance la primera piedra. Lo miraré a los ojos para asegurarme de que no disfrute mientras sangro por la roca arrojada.



# LA PARTE IMPOSIBLE

Federico Fontana

Cuando un cuerpo celeste llega al final de su vida consume todo su combustible y sufre un colapso gravitacional. Lo que queda se transforma en un objeto compacto, del que ni siquiera la luz puede escapar. Es entonces cuando se convierte en un enorme vacío que aspira cualquier cosa que se le acerque. La belleza o lo sublime, o como quiera que se llame, aquello que nos conmueve, se parece mucho a un destello que resplandece para que luego una fuerza atávica y primigenia lo envuelva y lo haga languidecer.

Hay una escena en la segunda parte de El Hobbit que siempre me llamó la atención. Gandalf es enviado por Galadriel a las Montañas grises porque sospecha que allí una fuerza oscura está organizándose. Efectivamente, una horda de orcos sorprende al mago gris, quien, a la hora de intentar escapar, tiene un encuentro sorpresivo. Sauron, el señor Oscuro, aún no tiene entidad física, no ha logrado materializarse, pero su espíritu no se ha disuelto. Ha permanecido vivo en su creación, el anillo de poder. Se presenta entonces ante Gandalf diciéndole: *there is no light wizard that can defeat darkness* (no hay mago de luz que pueda vencer a la oscuridad). Allí se libra una batalla entre ambos, la manera en que Sauron lo vence ilustra bastante bien lo que quiero contarles. Una corriente de oscuridad se abate sobre Gandalf, quien con su cetro de luz intenta mantenerlo a raya.

Está sentado en el living de su casa. Las cortinas abiertas dejan ver niños que corren por el patio. Se escuchan voces y risas. Los mira crecer. Es el año 2015 y Chris Cornell compone sus últimas canciones en familia. En breve terminará su cuarto álbum como solista, Higher True: Verdad mayor.

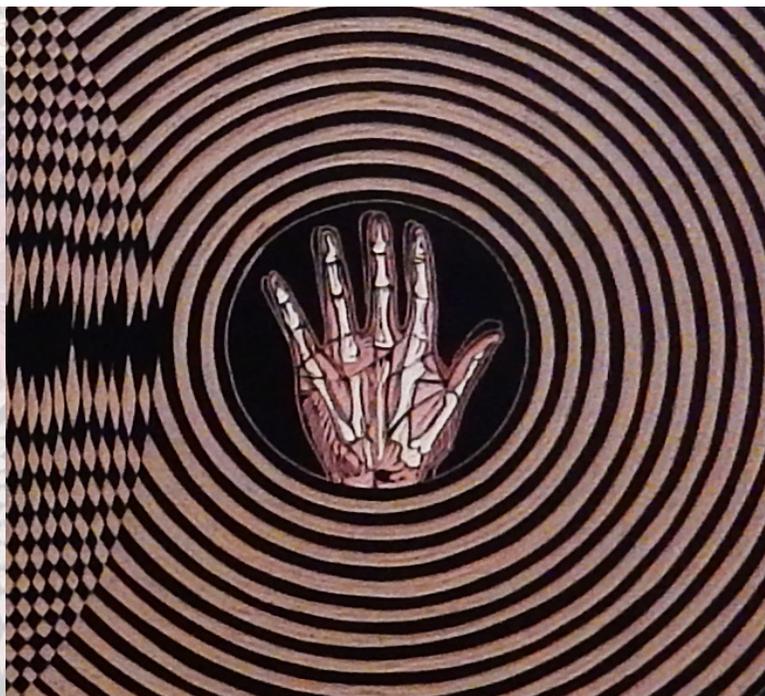
Dice estar enfocado en lo que hace y que nunca más volvió a experimentar la sensación de aislamiento que tuvo durante tantos años. Que parte de eso lo sumió en la depresión. *“Eso ya no es parte de mi vida, lo cual es fantástico”*. Sin embargo, si uno se acerca a esa mirada azul puede sentir como respira su herida. Una herida prematura e indeleble. *“El pasado es como una cuerda trenzada / cada momento enredado con fuerza adentro”*. Algo de eso mordió a Cornell desde temprano. La leyenda cuenta que a los catorce años sus padres se separaron y él, junto a sus hermanos, decidieron quitarse el apellido paterno. Una insignia arrancada. A partir de allí se volcó a la guitarra, al piano y a la batería. Dejó la escuela y se encerró en su casa. *“Recorriendo tus recuerdos como si fueran prisiones de donde escapar / y convertirte en alguien más/con otro rostro y otro nombre / no más sufrimiento”*. Lentamente se fue convirtiendo en la materia con la cual la ostra produce su perla. Dijeron que fue el último alarido del grunge. Una euforia nacida en la década de los 80´s en Seattle y de la cual ya no quedan muchos exponentes vivos. Cornell, al igual que las bandas del movimiento, fue, ante todo, una respuesta. Respuesta a la música que hasta entonces se había escuchado. Cornell creía que el grunge como género no existía. Que más bien respondía a una suerte de coincidencia geográfica, aunque en realidad las bandas de Seattle no tenían nada que ver entre sí.

El grunge dejó a su paso una estela de víctimas y Cornell parecía un sobreviviente que abrió el siglo XXI haciendo lo que nadie creía posible: un disco en plan pop, como fue *Scream*. Si uno mira entrevistas notará que muchas veces dice “el futuro del rock”. La primera acepción de esa idea tiene que ver con lo que representó Soundgarden en la escena musical de los 80´s. Pero luego, si uno afina un poco la cosa, podría decir que el mismo Cornell sería el futuro del rock. El futuro del rock, parece decirnos Cornell, está allí donde la canción te haga un lugar a ti, como oyente. Es decir, cuando tú, al oír la canción, la completes. El ocaso de los ídolos parece confirmar esta hipótesis.

Las estrellas de rock se han ido apagando y creo que Cornell festejaba eso. *“He llegado al punto como letrista en que dejo que fluya y no agrego mucho, ni me concierne transmitir un mensaje en específico. Sé cómo me siento al respecto y su significado y tiendo a crear ambientes líricos en los que puedo transitar mentalmente o donde escapar. Eso es lo que siempre me ha gustado de la música. Lo que la música crea en ti, eso es tuyo y de nadie más”*.

Se mostraba reacio a quienes identifican la música con su propia identidad, es decir, que se construyen un yo a la medida de sus bandas preferidas. *“Yo no tenía eso durante los primeros años de mi vida, me interesaba solo la música por la música, no por lo que representaba”*.

Chris Cornell tenía la idea de que si uno hace lo que le inspira pasión eso atraerá a las personas. Que si uno no está pensando en el éxito y se enfoca en aquello que lo inspira, eso llegará a los demás de la misma forma, pero cambiada.



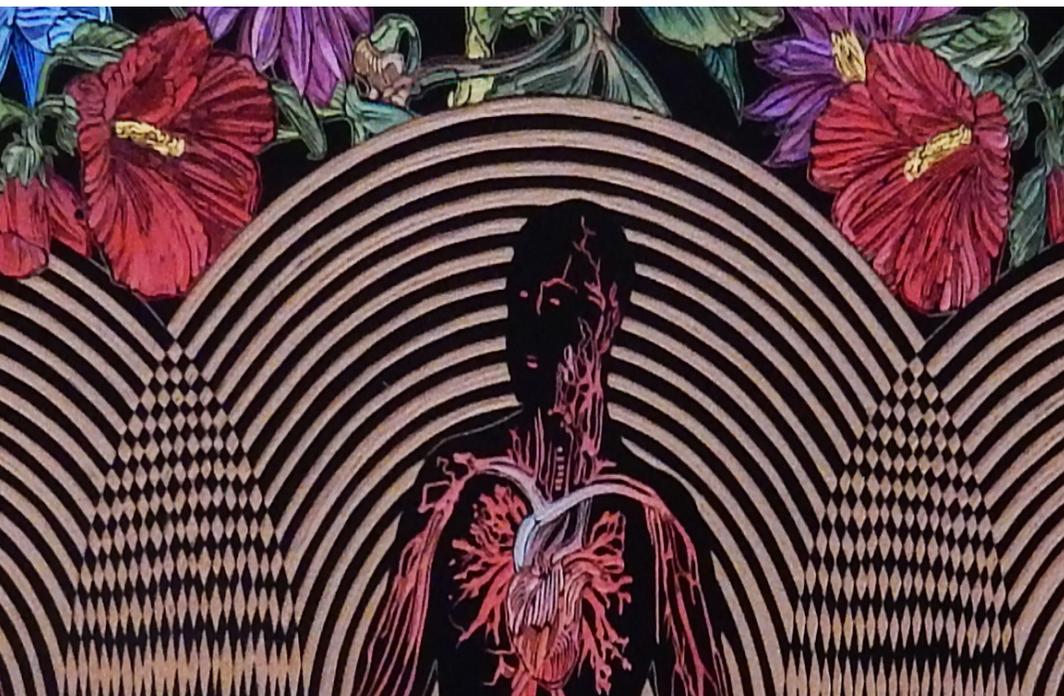
Así pues, Chini Ayarza dijo de él: *“Me provoca como un deseo de ser más, de gritar, como de liberación. Era un canalizador del trabajo maestro que hacía la banda. Tiene que ver con el instinto, seguía su instinto todo el tiempo, probaba cosas que vocalmente nadie más se atrevía a hacer. Se mostraba vulnerable y eso se valora un montón en un artista, te identificas con él, quieres que llegue a esos tonos altos. Te sientes parte de una masa fuerte de personas, que puede lograr cosas increíbles si se ponen de acuerdo. Le deseas bien y él toma aire de nuevo porque viene la parte imposible”*.

Chris Cornell podía cantar notas que nadie sabía que existían, o que cantaba una nota que se encontraba entre dos notas verdaderas y que esa nota abría un agujero hacia otra dimensión, abría el portal.

Ahora bien, ¿qué le pasaba a Cornell? La tristeza fue concebida durante la Edad Media como un pecado. Los monjes, en sus monasterios, veían con preocupación cómo sus hermanos eran azotados por este mal. La tristitia o acedia se desplegaba en los claustros en la que el desdichado acidioso *“empieza a lamentarse de no sacar ningún goce de la vida conventual, y suspira y gime que su espíritu no producirá fruto alguno mientras siga donde se encuentra”*. Así lo afirma un documento de la época y algo así podemos conjeturar se agitaba en Cornell. A veces, lo que muerde no suelta a lo mordido. *“Girando alrededor del drenaje / muéstrame el camino de regreso a casa / el sendero es largo y nunca se termina / negro es el corazón que deambula”*. Luego, durante el Romanticismo, la tristeza no era vista del todo como un problema. Tenía un valor que llegaba a lindar con la creación, una suerte de disposición anímica para el encuentro con el espíritu. Hoy en día ya nadie habla de tristeza porque nadie parece estar triste. *“Como un cuervo en una jaula / la sangre de mi nacimiento no se lavará / como una muñeca pegada por partes / los pies en el fuego / mientras caigo en la espada / por el dolor de otra persona”*.

El 20 de julio Chris Cornell hubiera cumplido años. Se cuenta que, mientras grababa su último disco, su hija le pidió que le enseñara a tocar en la guitarra la canción Paciencia, de Guns n´ Roses. El productor le sugirió que la grabaran y fue así que tres años después de su muerte decidieron compartirla. Cornell es de esos muertos que no paran de nacer. El renacido, como le llama mi amigo Pablo González.

Pueden buscar la canción, se los sugiero. Denle tiempo. Yo pude entrar después de escucharla las primeras veinte veces. Piensen que el futuro del rock son las canciones y que los rockstars ya fueron. Después dejen que el loop haga su trabajo. *“Largo y cansado ha sido mi camino / estaba perdido en las ciudades / solo en las colinas / no siento pena ni tristeza por irme / No soy tus ruedas de soporte / soy la autopista / No soy la fuerza del viento / soy el relámpago / No soy tu luna de otoño / Soy la noche”.*



# Híbridos



# LA CONFIGURACIÓN DE UN FEMENINO SAGRADO POR ESTER HERNÁNDEZ PALACIOS

Luis Mendoza Vega

Ante la coyuntura actual por la que atraviesa el mundo, evoco a la poesía telúrica y sincera de Enriqueta Ochoa (1928-2008) para la búsqueda de la palabra, por lo más, luminosa. Se sabe, de antemano, que el poema debe traducir en su forma cabal toda experiencia, es decir, esa manera desgarrada y húmeda de acontecer. Es por eso que la autenticidad de esta poeta oriunda de Torreón, Coahuila, nace de la relación entre escritura y vida que, “mediante la palabra [...], permitirá la unión del agua vital y divina que surge del centro de todos”. Por ello, en mitad de esta hora turbia que nos cruza, resulta viable volver al cauce de su poesía, esa habitación tibia y maternal donde “Un gesto de ternura podría salvar al mundo”.

Es así, como se presenta en la escena actual de la crítica en México, *Enriqueta Ochoa: la configuración de un femenino sagrado* por Ester Hernández Palacios, ensayista e investigadora veracruzana, quien, sin duda, salda una de las muchas deudas a la poesía escrita por mujeres en nuestro país. Y es que, como menciona en su trabajo sobre la poeta: “se le reconoce su excelencia poética, pero se le lee poco y se le dedican pocos estudios”. Ante esto resulta pertinente preguntarnos: ¿por qué hemos relegado a Enriqueta Ochoa a una ínsula alejada de nuestras lecturas? “¿Porque en una primera lectura de sus versos se percibe un tono anacrónico que disgusta a los oídos post-modernos? ¿O porque apenas estamos comprendiendo su obra a cabalidad, precisamente en este siglo?”.

A lo anterior, recupero el siguiente fragmento: “Tras la reclusión vino de improviso la luz”, verso perteneciente a

uno de mis poemas favoritos de Enriqueta Ochoa, “El lomo de la vida”, que bien podría describir el trabajo del *escapelo* crítico de Hernández Palacios, puesto que, estamos ante una lectura rigurosa, cuidada y atenta que alumbró muchos de los ámbitos del quehacer literario de nuestra poeta. Dividido en un prefacio, dos capítulos y una conclusión, el libro aborda desde el tema de la versificación, una valoración técnica que resalta esa manera ecléctica de las formas, que, a su vez, manifiesta la importancia del ritmo y de la música, en el verso de la autora coahuilense. Por otro lado, se nos muestra la construcción de un lenguaje habitado por experiencias trastocadas por mitos, arquetipos, símbolos universales y referentes contemporáneos que ambientan esa atmósfera teofánica de un nuevo orden poético. “Una poesía libre, intensa, emotiva y que, de acuerdo con su poética, tiene más compromiso con el inconsciente que con el trabajo del consciente racional”, como apunta Ester Hernández.

56

Debido a lo anterior, podría pensarse que, por la manera de gestarse su poesía, no debería medirse con una vara tan rígida como es la teoría propiamente. Sin embargo, y



es aquí donde rescato la gran labor de la investigadora veracruzana, dado el diálogo que establece entre crítica y poesía, nos vamos internando en el mundo de Enriqueta Ochoa, donde lo numinoso irisa la escritura, lo femenino y lo masculino, lo acuoso y lo ardiente, todo ella que es convivencia de dos fuerzas replegándose para deshacer las amarras.

Recuperando puntos claves de la teología feminista contemporánea, el estudio de las religiones, la etnología, la arqueomitología, Hernández Palacios encuentra preocupaciones atávicas en los poemas jóvenes y tardíos de Enriqueta Ochoa, en su visión de un mundo donde lo íntimo convive con lo primitivo y lo eterno, donde los símbolos se funden para formar la materia, esto gracias a que “la poesía no retrocede ante la inversión, sin pensar siquiera que rompe con la lógica y que podría escandalizar a los hombres sensatos”. Con su primera publicación, *Las urgencias de un dios* en 1950, damos cuenta de todo esto: “Mi briosidad no se conforma con que digan, / ‘su forma es esta, vedada otra estructura’. / ¡Qué débil consistencia la doctrina! / Recordad que Dios es el espejo / más contradictorio y bifurcado / acomodado a todas las pupilas. / Yo lo esculpo a mi modo y le doy forma”.

Esta fuerza motora de su voz no podría sino responder a su afán refundador de un mito como la Diosa, “[la] Madre Tierra, [la] Madre Agua, madre del mundo cíclico, Diosa del misterio de la vida, la muerte y el renacimiento”. Esto a través de su cuerpo femenino donde todo está conectado con todos por medio del fluir del amor, del tiempo, de lo sagrado. El adentro y el afuera tienden hilos comunicantes, se exploran a través de esta íntima relación donde se compenetran en una poesía que busca ir a un más allá. En este caso, para Enriqueta Ochoa, la palabra es una dádiva de sentida maternidad dado a su naturaleza emotiva, nacida en el seno de la contemplación. Como recupera Ester Hernández de Gaston Bachelard: “Los poetas nos ayudarán a descubrir en nosotros un goce de contemplar tan expansivo, que viviremos, a veces, ante un objeto próximo, el engrandecimiento de nuestro espacio íntimo”.

Finalmente, podemos responder a las preguntas del principio. Si bien, la obra de Enriqueta Ochoa busca en lo más recóndito del inconsciente la llave que le permita abrir de par en par ese “Dios encajonado / en estancias oscuras y severas” que remonte a través de ella, de su cuerpo femenino, por los valles de un mundo que lo ha dado por muerto. Si bien, esta posesión por una divinidad nos recuerda a las sacerdotisas antiguas, a viejos oráculos. “La universalidad que alcanza la poesía de Enriqueta Ochoa está dada por el simbolismo religioso, que subyace en sus imágenes, en el más amplio y antiguo significado de religiosidad”. Por todo esto, no sorprende su avidez como lectora de libros esotéricos a tan temprana edad, que, sin duda, la nutrió para fermentar en poemas tan elevados y osados como “Las vírgenes terrestres”, “El deshollinador”, “Triple habitación” y el antes citado “Las urgencias de un dios”, entre otros. La lectura que nos comparte Ester Hernández Palacios maravilla de principio a fin para quien quiere sumergirse en el universo inédito de Enriqueta Ochoa.





Autores

## POESÍA

**Cristina Bello (Morelia, Michoacán, 1995)** Estudió Literatura Intercultural en la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES) Morelia. Fue becaria del IX curso de Creación Literaria para Jóvenes Escritores de la Fundación para las Letras Mexicanas (FLM) y la Universidad Veracruzana (UV) en la categoría de poesía. Participó en el Festival Cultural Interfaz Guanajuato-2018. Recientemente, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Dolores Castro 2020.

**Mariana del Vergel (Aguascalientes, 1998)** Estudia Letras Españolas en la Universidad de Guanajuato (UG). Fundadora del Encuentro Nacional de Revistas Literarias (ENAREL) “Fernando Benítez” y miembro de *Pigmalión*, grupo organizado por la difusión literaria en Guanajuato. Ha publicado sus poemas y ensayos en revistas literarias como *Punto de Partida*, *De-lirio*, *Campos de Plumás*, y *Maremoto Maristain*. Ha participado en coloquios y seminarios en torno a poesía hispanoamericana del siglo XX. Obtuvo el primer lugar en la tercera edición de “Mundos posibles” (FENAL, 2019), en la categoría poesía. Actualmente es directora editorial de la revista de creación y crítica literaria *Los Demonios y los Días*.

**José Luis Machado (Montevideo, Uruguay, 1974)** Docente y escritor. Ganador de los concursos “Noss da Poesía” (Brasil, 2018), “A los 100 años del libro de la selva” (Argentina, 2019); segundo lugar de “Microfantasy IV”, del Círculo de Escritores (México, 2020); y mención honorífica del Certamen Rioplatense de Poesía en Décimas (Argentina, 2020) por su obra “3 Décimas a la verdad”. En junio de 2019, fue invitado especial en el 1er Festival Poético Musical de Livrera (Brasil-Uruguay). Poemas, artículos y microrrelatos suyos han sido publicados en blogs, revistas y libros en una docena de países.

**Jazmín Cano (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1993)** Publicó *Miedo* (Sangre Ediciones, 2018). Ha publicado en *El Axolote*, *Monolito*, *Revista de Literatura, cultura y arte “Ariwá”*, *Grotexito*, *Metamorfosis*, entre otras. Ha aparecido en

las antologías *Fuga de abismos*, *Escrituras contra el poder*, *Estos últimos años en Ciudad Juárez*, y *Allá donde encontramos lo perdido*. Junto a César Graciano inició el proyecto Anverso Editores, en el 2018. De esa fecha a la actualidad han publicado seis plaquettes de poesía: *Miedo*, *Arquetipos*, *Blu*, *Aridoamerican Standoff*, *El día que Art Barkley murió*, y *Holódromo como parte de la colección Museo Vivo*.

## NARRATIVA

**Paula Busseniers (Bélgica)** Originaria de la región flamenca de Bélgica y xalapeña desde hace mucho. Co-traductora de *Huesos de Jilguero*, antología poética de Janet Frame (UV, 2015). Escribe poesía y cuento.

**Joaquín Filio (Mérida, Yucatán, 1991)** Autor del libro *Mediocre* (Acequia Casa Editorial, 2019) y de la columna del periódico *Novedades Yucatán* “Invenciones de bolsillo”. Ganador de mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento Beatriz Espejo (2016). Becario del Programa de Estímulo al Desarrollo Artístico PEEDA 2015-2016 en la categoría de cuento. Textos suyos aparecen en revistas como *Tierra Adentro*, *Punto en línea* y *Palabra.txt*.

**Elsa Nidia Mauricio (Aguascalientes)** Lic. en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Ha publicado en la Revista estudiantil *Pirocromo*.

## TRADUCCIÓN

**Louise Glück (Nueva York, 1943)** Ganadora del premio Pulitzer (1993). Ganadora del premio Nobel (2020).

**Leopoldo Orozco (Ensenada, Baja California, 1996)** Narrador, ensayista y traductor. Egresado de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México (FES Acatlán). Editor de la revista literaria *De-lirio* y miembro de la Congregación Literaria de la Ciudad de México. Su obra ha sido publicada en revis-

tas literarias nacionales e internacionales como *Quimera* (Costa Rica), *Taller Ígitor*, *Reverberate*, *Blanco Móvil*, *Liberoamérica* (Argentina/España), *Tintero Blanco* y *Punto en Línea*. Colaboró en la antología de cuentos ilustrados *Jíbaros* (Manumisión Editorial, 2020) y es autor del libro de cuentos *En la cuerda floja* (Reverberante, 2020). Fue miembro de la décimo primera generación del Curso de creación literaria para jóvenes Xalapa (2019) convocado por la FLM, en el área de ensayo literario.

## ENSAYO

**Naxhelli V. Carranza (Ciudad de México)** Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha obtenido mención honorífica por sus cuentos “Con el viento en contra” en el concurso 51 de Punto de Partida y “La reina Amir”, publicado en *El cuento en cuarentena* de la Revista Palabrerías.

62

**Federico Fontana (Argentina)** Psicoanalista de profesión, ha publicado cuentos, crónicas y ensayos en el Diario *Página/12*, la revista Chilena *Intemperie*, *Ese*, la Revista Rosarina *El Corán y el Termotanque*, *Continuidad de los libros* y *Le Folie*. Pronto a cumplir 38 años, es padre de una niña de 6 meses llamada Lina.

## HÍBRIDOS

**Luis Mendoza Vega (Otatitlán, Veracruz, 1999)** Es estudiante de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana y forma parte del consejo editorial de *Tintero Blanco*.

Dossier

Viviana

Hernández



# Cercanía

El arte, en cualquiera de sus manifestaciones, tiene la ventaja de poseer una variedad de planteamientos, perspectivas e ideologías. Entre Brenda Castillo y Viviana Hernández, aparentemente uno se encuentra entre dos posturas opuestas. Castillo, desde sus ilustraciones, parte de la introspección y la idea abstracta a lo concreto. Hernández, desde la fotografía, utiliza la extrospección para enfocarse, primero, en particularidades de lo real y, después, en las ideologías generales que estos momentos representan. Hernández no utiliza metáforas o adornos. No es ni el color desbordado ni la experimentación de formas y colores, sino la quietud, la contemplación: la reflexión en silencio. Uno que, sin embargo, no es pasivo, pues se encuentra profundamente relacionado con la emotividad. Así, el tema principal de este dossier, y de este número, son las conexiones: entre el pensamiento, el cuerpo, la naturaleza, los distintos momentos de nuestro entorno y las emociones. Una mano que sujeta a otra. Un estilo que complementa a otro. Artistas o escritores que buscan conectar con quienes tienen en frente.

*Fátima Garrido*



## Obra

(por orden de  
aparición)

**Macro 2** p. 63

**Manos** pp. 64-65

**Macroflor** p. 66



## Viviana Hernández

(Ciudad de México)

Estudia comunicación en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán en la UNAM. Ha tomado cursos en la especialidad de fotografía, producción y posproducción audiovisual. Ha participado en 2 exposiciones colectivas con fotografías de su autoría. Se especializa en edición y composición de imágenes digitales.



